

Enero. Su guarnicion se componia de vecinos armados, siendo una parte de caballería que acababa de llegar de haber recorrido los puntos inmediatos, por lo cual los caballos se encontraban sumamente fatigados. Esta circunstancia favorecia á los asaltantes. Los realistas, para detener el avance de sus contrarios, destacaron una fuerza de cincuenta jinetes y número igual de infantes, con un cañon de corto calibre, al barrio de San Miguel. Los independientes se lanzaron sobre ellos con ímpetu, arrollando á la caballería, cuyos corceles, como he dicho, se hallaban cansados, y atropellada la infantería por sus mismos jinetes, se desbandó abandonando el cañon, habiendo sufrido la pérdida de cuarenta hombres que quedaron muertos en el sitio del combate, y de crecido número de heridos. Entre los primeros se encontraban el capitán Villanueva, que mandaba la seccion, y el padre carmelita Fray Manuel de Santa Bárbara, español, decidido realista que habia combatido á los insurrectos no menos con las exhortaciones que con las armas. La guarnicion, al recibir este golpe, se reconcentró á las calles en que estaban hechas cortaduras y parapetos, resuelta á defenderse hasta el último extremo. Las fuerzas independientes avanzaron hácia las trincheras; pero fueron rechazadas, y se retiraron á las inmediaciones de la poblacion para seguirla hostilizando, impidiendo que entrasen víveres en ella, y amenazando atacarla de nuevo. Avisado el comandante de brigada de Querétaro, por el comandante de armas de Apaseo, pueblo situado entre Celaya y Querétaro, de la situacion crítica que guardaba la guarnicion sitiada, mandó inmediatamente un refuerzo de cien jinetes de la

escolta del brigadier D. Torcuato Trujillo que se habia detenido en la última de las mencionadas ciudades en
 1813. espera de mayores fuerzas para pasar á Mé-
 Enero. jico, los cuales, reunidos á ciento cincuenta realistas de las haciendas, hacian un total de doscientos cincuenta hombres. Iba al frente de este auxilio, el comandante de la escolta de Trujillo, teniente D. Manuel Gomez, conocido por Gomez Pedraza despues de la independencia, individuo entonces de los mas adictos á la causa española, y mas tarde, como veremos, contrario á los españoles. El auxilio llegó cuando los independientes se preparaban á dar un nuevo ataque á la ciudad. Gomez Pedraza les atacó á las dos de la tarde del dia 11 de Enero en el sitio llamado Peña Colorada y los destruyó completamente. En su parte, dado en el mismo dia 11, desde Celaya, pinta los resultados de la accion, en que manifiesta el espíritu que en aquella época le dominaba contra los que luchaban por la emancipacion. «Les hemos muerto», decia, «noventa ladrones, quitado cuatrocientos caballos ensillados y en pelo, un cañon de á cuatro con cureña, un pedrero de á dos llevado por un macho, cuatro mulas con varias municiones, porcion de fusiles y carabinas, algunas espadas y lanzas, dos cajas militares, una tambora, una bandera, etc.» Ensalzando en seguida el valor de los que habian alcanzado el triunfo, decia: «Faltaria á la justicia si no hiciese á V. un digno elogio de los oficiales que me acompañaron en la accion, pues el de mis soldados es inútil expresarlo, cuando su mayor honor consiste en ser los defensores de Michoacan, instruidos en el arte de la guerra por nuestro ilustre jefe»,

(D. Torcuato Trujillo). El parte concluía con estas palabras: «Tengo la satisfacción de haber quedado entre los muertos enemigos, algunos capitanes, coroneles y tal vez algún brigadier» (1). Los partes como éste dados por los jefes y oficiales mejicanos que combatían por la causa realista en que se dan los epítetos más ofensivos á los que combatían en las filas contrarias, prueban el ensañamiento que existía entre los dos partidos, cada uno de los cuales juzgaba conveniente al país, el triunfo de aquel á que pertenecía. Las partidas de independientes que sufrieron la derrota descargaron su ira, por el revés sufrido, sobre las haciendas de las inmediaciones á Celaya, incendiando las trojes que se hallaban llenas de maíz y de trigo. Sensible es que se hubiese decretado por la Junta ese sistema de destrucción, y que Liceaga lo hubiese puesto en práctica, produciendo resultados funestos, cuando fué tomando proporciones mayores, cuyos tristes efectos se echan de ver aun, no obstante los muchos años que han transcurrido de aquella lucha desoladora en las haciendas arruinadas del bajío de Guanajuato (2).

1813. Mientras D. José María Liceaga procuraba reunir nuevas fuerzas para continuar con más feliz éxito la campaña en la provincia en que operaba, el vocal de la Junta soberana D. José Sixto Verduco meditaba un ataque á la ciudad de Valladolid de que no dudaba apoderarse. Desde que fué derrotado

(1) *Gaceta* del Gobierno de Méjico de 18 de Febrero de 1813, n.º 362, t. IV, folio 193. El lector puede verlo íntegro en el Apéndice, bajo el n.º 1.

(2) Alaman, *Historia de Méjico*, t. III, pág. 364, escrita en Méjico en 1850.

por el jefe realista Negrete en Uruapan el 26 de Octubre del año anterior, se propuso hacer olvidar su descalabro con algún importante triunfo. Animado su espíritu de ese deseo, volvió, como dije al hablar de ese hecho de armas, al pueblo de Ario, donde hemos visto que se reunieron casi todas las partidas insurrectas de la provincia de Michoacan, al frente de las cuales se hallaban los jefes de ellas Montaña, Víctor Rosales, Vedoya, P. Carbajal, Rodríguez, Muñiz, Arias, Suarez, Sanchez, y otros varios. Muñiz había fundido un número considerable de cañones, y Verduco contaba además con la cooperación del P. Navarrete para hacer una campaña brillante. La reunión de fuerzas se completó y organizó en Pázcuaro. Viendo D. José Sixto Verduco que podía disponer de numerosos batallones, resolvió apoderarse de Valladolid, que tenía una guarnición suficiente apenas para cubrir los puntos principales, y que había disminuido con la fuerte escolta que sacó el brigadier Trujillo para marchar á Méjico, circunstancia que no dejó de influir en la determinación tomada por el vocal de la Junta soberana. Puesto al frente de una respetable división, emprendió la marcha, bien provisto de artillería, de municiones y de cuanto era necesario para el ataque de una plaza. Rayon, que llegó á saber el movimiento de Verduco, sin que éste le hubiese comunicado lo que intentaba, le envió á decir que suspendiese sus operaciones militares hasta que él llegase. Verduco, que juzgaba seguro el triunfo y anhelaba llevarse toda la gloria sin compartirla con nadie, se desentendió del aviso de Rayon, y se presentó delante de Valladolid el 30 de Enero, al frente de seis mil

hombres, llevando veintiun cañones del calibre desde 3 á 18, puentes levadizos, escalas, carros de lana para formar parapetos y cuanto pudiera necesitarse para el asalto y toma de una plaza. Habia quedado de comandante de la ciudad, desde la salida de Trujillo, el teniente coronel D. Antonio Linares, hombre que reunia al valor y la pericia, la humanidad y los mas nobles sentimientos. En cuanto tuvo noticia de que los independientes se dirigian á atacar la ciudad, reunió los destacamentos que tenia fuera de ella, de los cuales el mas considerable era el del anciano y valiente Orrantía, y se preparó á la defensa haciendo que se armasen los vecinos (1).

1813. Las fuerzas independientes, confiando en
Enero. el buen éxito, atacaron con extraordinario vigor; pero recibidas con un fuego mortífero por los asaltados que les esperaron con serenidad, fueron rechazadas con grandes pérdidas despues de un combate obstinado. La guarnicion, aprovechando esta ventaja, hizo una salida en que los independientes fueron completamente derrotados, perdiendo en su retirada hasta Ópero, mil doscientos hombres que dejaron muertos sobre el campo de batalla, toda la artillería y trenes de sitio, doscientos fusiles, casi todas sus municiones, y ciento treinta y ocho individuos, entre oficiales y soldados, que cayeron prisioneros. Por fortuna, D. Antonio Linares era, como he dicho, hombre de humanitarios sentimientos que no gustaba que se virtiese sangre despues del combate, y nin-

(1) Puede verse sobre esto los partes dados por Linares, publicados en la *Gaceta* de 20 de Febrero y 6 de Marzo, números 363 y 369, fol. 203 y 248.

guno de los prisioneros fué fusilado. Verduco se retiró á Pázcuaru para reponerse de la derrota sufrida, y se ocupó en reunir los dispersos que iban llegando. D. Ignacio Rayon, no dudando que Verduco no emprenderia el ataque sobre Valladolid hasta que él llegase, como le habia mandado decir, salió de Tlalpujahuá el 28 de Enero acompañado del procurador de la Junta soberana, del auditor de guerra, del contador y de otros empleados, con una escolta de treinta dragones de «Provinciales de Tlalpujahuá». En todos los lugares por donde pasaba era recibido con la pompa de un soberano. En las inmediaciones de Tajimaroa supo, con sorpresa, que el ataque sobre Valladolid se habia emprendido, y aun llegó á percibir, aunque confusamente, el lejano rumor del estruendo de la artillería. Inquieto porque conocia el poco acierto que Verduco tenia en sus disposiciones militares, apresuró la marcha, y su ansiedad creció al ver que no se escuchaba ya el estruendo del cañon. La duda de si habria sido rechazado el ejército independiente ó si habia sucumbido la plaza, se apoderó de su espíritu. Sin embargo, un triste presentimiento le inclinaba á creer lo primero. No le engañó su présago corazon. No bien llegó á la hacienda de Santa Clara, cuando supo que Verduco habia sido completamente derrotado, perdiendo su artillería, y que se habia retirado á Pázcuaru. Sin pérdida de momento se dirigió á esta poblacion, ansioso de escuchar los descargos de Verduco por haber atacado la plaza sin esperarle como le habia ordenado, y el dia 9 de Febrero llegó á ella. Verduco salió á recibirle hasta la capilla del Cristo con los principales jefes, y en seguida se diri-

gieron ambos á la parroquia, donde se cantó, con toda solemnidad, el *Te Deum*. Un gentío inmenso cubria las calles hasta la entrada de palacio, ávido de ver al presidente de la Junta soberana. Todo era animacion y vida, á pesar de no haber transcurrido mas que una semana desde el descalabro sufrido, pues la esperanza de futuras victorias hacia olvidar á los soldados las pasadas derro-

1813. tas. Cuando Rayon llegó á palacio en medio
Febrero. de los vivas de la multitud, recibió el besa-
mano del clero, oficialidad y vecindario, despues de cuya
ceremonia se sirvió un excelente refresco. En uno de los
dias siguientes, Rayon hizo una visita á las monjas, las
cuales se manifestaron sumamente reconocidas á su be-
nevolencia (1). Como su objeto al marchar á Pázcuaró
habia sido saber los motivos que determinaron á Ver-
dusco á emprender el ataque sobre Valladolid sin espe-
rar su llegada, le hizo tres cargos para que contestase á
ellos. Era el primero, haber dado el asalto sin que hubiese
precedido un plan de ataque, consultando en una junta
de guerra; segundo, haber emprendido el ataque sin ha-
ber consultado con la Junta soberana; tercero, haber ex-
puesto temerariamente la tropa enviándola al asalto sin
las precauciones que señala el arte de la guerra, y cuarto,
haber exigido notables sacrificios á los pueblos para los
gastos de la expedicion, sin consultar tampoco para
ello con la Junta (2). Cuando se estaban examinando

(1) Estas noticias de la recepcion que se le hizo en Zitácuaro á Rayon y del homenaje regio que recibió por los pueblos del tránsito, las trae su secretario en el diario en que apuntaba los acontecimientos.

(2) De estos cargos no habla el secretario de Rayon, sino D. Carlos María

estos cargos, avisó el coronel insurrecto Montañó, que se acercaba una division de Valladolid, enviada por el teniente coronel realista D. Antonio Linares. Con efecto, la tropa del Gobierno se aproximaba á Pázcuaró para ir á atacar al P. Navarrete, que habia vuelto á situarse en la fuerte posicion de Zacapo despues de haberse separado de Verdusco cuando con él fué derrotado en el asalto á Valladolid. La noticia alarmó al presidente y al vocal de la Junta, y dejando pendiente la contestacion á los cargos, salieron precipitadamente de Pázcuaró, á las once de la noche del dia 12 de Febrero, llevando toda la gente dispersa que habian podido reunir, y cuatro cañones que habia en la poblacion. En Ario, pueblo á donde se retiraron, se separó de Verdusco D. Ignacio Rayon, pasando éste á la hacienda de Puruarán, y quedando aquél en Ario, con órden de que se retirase despues á Puruarán.

1813. Muchas fueron las quejas que en todos los
Febrero. lugares de la provincia de Michoacan eleva-
ron á Rayon sus habitantes, manifestando el comporta-
miento injusto, la arbitrariedad y el desórden de los je-
fes de las diversas partidas independientes que recorrian
el territorio. Rayon escuchó aquellas justas quejas pro-
fundamente afectado, viendo que eran vanos todos los
esfuerzos que hacia para hacer entrar en el sendero del
órden á los que á nadie querian sujetarse, y de quienes
dice su secretario, con justa indignacion, pues no hacian
mas que desprestigiar la causa, que «no eran en realidad
jefes, sino ladrones y foragidos». Estas quejas recaian

Bustamante en su *Cuadro Histórico* y en el *Suplemento á los Tres Siglos de Méjico*.

especialmente sobre el intendente de la misma provincia D. Pablo Delgado, cura de Urecho, cuyos actos llevaban siempre el sello de la arbitrariedad y del despotismo. El mencionado intendente y cura habia acompañado á Rayon á Puruarán, y habia estado éste muy lejos de pensar que su conducta no hubiese correspondido á su deber. A las quejas recibidas, se agregó una circunstancia que le hacia aparecer mas culpable á los ojos de Rayon. Éste interceptó una carta que el expresado cura Delgado dirigia á un comandante realista, pidiendo el indulto para sí y para un sobrino suyo apellidado Suarez. Compróvada la verdad del hecho, parecia que el castigo seria terrible, como sin duda hubiera sido á no escudarlo su carácter sacerdotal; pero le salvó esta circunstancia, y no se le impuso mas pena que la de enviarle desterrado á las Balsas. El encargado de custodiarle al destierro fué el P. Fray José Luna; pero el cura Delgado, en vez de cumplir la orden recibida, fué á unirse con el vocal D. José Sixto Verdusco, que se habia marchado de Ario á Urecho y no á Puruarán, como le habia encargado Rayon al separarse de él. Tambien el otro vocal de la Junta, D. José María Liceaga, marchó á reunirse con Verdusco en el expresado pueblo de Urecho. Disgustados por el carácter de superioridad que sobre ellos manifestaba Rayon, y tomando creces su resentimiento con las palabras que el cura Delgado pronunció, pintando como á un déspota al presidente de la Junta, publicaron como vocales de ésta un bando en que declaraban que la soberanía residia en ellos, y citaban á Rayon á que se presentase en el término de tres dias en la hacienda lla-

mada de la Parota, para responder á los cargos que se le hacian de haber usurpado la presidencia de la Junta, haberse presentado en la provincia de Michoacan como jefe supremo de ella, cuando habia sido encomendada á Verdusco, despojado del empleo de intendente al cura D. Pablo Delgado, y haber dictado otras providencias que de ninguna manera le pertenecian. Se le hacia saber en la orden, que se le declararia traidor con toda su familia y los que aun se le manifestasen adictos, si no obsequiaba lo dispuesto.

1813. Las diferencias entre los vocales y el presidente de la Junta tomaron, á poco, un carácter mucho mas serio. Rayon, juzgando que no debia hacer aprecio ninguno de lo dispuesto por los que le citaban, pues no les consideraba con derecho para hacerlo, solo pensó en auxiliar al P. Navarrete, contra quien, como he dicho, habia enviado el teniente coronel D. Antonio Linares una fuerza competente. Con este objeto mandó Rayon al jefe y abogado D. Francisco Solórzano, que con las tropas que habia reunido en las Balsas, marchase al socorro del amenazado Navarrete que se habia fortificado en Jaujilla. Verdusco y Liceaga, recelando que el movimiento de Solórzano tenia por objeto batirles á ellos, resolvieron atacarle en la hacienda de Santa Efigenia, á donde habia llegado, bien ajeno de temer ningun ataque de los dos vocales de la Junta. Obrando con admirable rapidez, cayeron el 4 de Marzo sobre él, cuando mas tranquilo se hallaba, y matándole siete hombres y quitándole las armas y municiones, le dejaron en imposibilidad de marchar en auxilio del P. Navarrete. No satisfechos con